

Palabras del Dr. Mario Vargas Llosa al recibir el Doctorado *Honoris Causa*, en la Universidad APEC





Mario Vargas Llosa

Nació en Arequipa, Perú, en 1936. Cursó las carreras de Literatura y Derecho, ambas en la Universidad Nacional de San Marcos, en su tierra natal. Fue escritor, ensayista y periodista; además incursionó en la política, disciplina bajo la cual se postuló como candidato presidencial de su país, en la década de los 90 del siglo XX.

Recibió numerosos premios y reconocimientos, entre los que se encuentran el “Premio Nobel de Literatura” (2010); el “Premio Miguel de Cervantes” (1994), y varios doctorados *Honoris Causa* que le concedieron universidades de diferentes países, entre las que se encuentra la Universidad APEC.

Entre sus obras más destacadas están *La ciudad y los perros*, *La Casa Verde*, *Conversación en La Catedral*, *Pantaleón y las visitadoras* y *La guerra del fin del mundo*.

Fue miembro de la Real Academia Española (RAE) desde 1994; así como uno de los autores más influyentes de la literatura latinoamericana, en el siglo XX.

Palabras del Dr. Mario Vargas Llosa al recibir el Doctorado *Honoris Causa*, en la Universidad APEC

Mario Vargas Llosa

RESUMEN

En diciembre de 2011 la Universidad APEC concedió el título de Doctor *Honoris Causa* a don Mario Vargas Llosa, como reconocimiento a su invaluable aporte a la literatura latinoamericana, a su accionar como intelectual y a los frutos cosechados en el decurso de su vida.

En esta oportunidad, con motivo de su lamentable fallecimiento y en homenaje humilde, la revista *Pensamiento* reproduce su discurso de agradecimiento al recibir el Doctorado que le confirió la Universidad APEC.

Palabras claves

Mario Vargas Llosa, Doctor *Honoris Causa*, Universidad APEC.

Señor rector de la Universidad APEC, señores vicerrectores, señores catedráticos, señores embajadores del Perú y de España y demás representantes del cuerpo diplomático. Señores ministros, distinguidas autoridades, señoras y señores, queridos amigos:

De más está decirles que me siento muy honrado con este reconocimiento tan generoso que me brinda la Universidad APEC, y con esas palabras tan alentadoras que ustedes acaban de escuchar sobre mi persona y sobre mis libros. Yo sé muy bien que hay que atribuir las más que a la verdad científica, a la generosidad y a las amistades cercanas de las que he recibido ya muchas pruebas a lo largo de estos últimos treinta años. Soy muy consciente de que un reconocimiento de esta índole implica también una responsabilidad de orden, de integridad, y desde luego que haré todo lo posible para estar a la altura y no defraudaros.

Quién me iba a decir en el año 1974 cuando vine por primera vez a la República Dominicana, que esos enredos del azar iban a hacer que mi vida se vinculara de una manera tan constante, tan estrecha, tan profunda con este país. Me demoraría mucho tiempo si tuviera que enumerar todas las razones por las que me siento profundamente agradecido a los dominicanos y de la República Dominicana. Aquí he vivido una de las aventuras más ricas que me ha dado esta hermosa vocación que es la mía: la de escribir historias.

Aquí, en el año 1974, escuché de boca de amigos y de conocidos muchas anécdotas sobre ese periodo terrible de treinta y un años que vivió la República Dominicana: el periodo de una dictadura que como se ha recordado esta noche, fue cruel, fue implacable, fue histriónica. La dictadura que acaso simbolizó, más que ninguna otra, el fenómeno del autoritarismo, de la violencia política que sin ninguna excepción han vivido todos los países de América Latina. A la República Dominicana le tocó vivir esa experiencia acaso con más ferocidad que ningún otro país latinoamericano.

Eso me llevó a intentar esa novela que se llama *La fiesta del chivo*, en la que trabajé más de tres años y que me ha deparado experiencias entrañables que siguen tan vivas en mi memoria, como cuando las experimenté. Entrevisté y conversé con muchos dominicanos para escribir esa novela, además de consultar muchos libros y periódicos; y siempre recordaré la extraordinaria generosidad, la amistad con que dominicanos de todas las clases sociales, de muy distintas convicciones e ideas políticas, me abrieron los brazos, me dieron testimonios, me contaron anécdotas que enriquecieron extraordinariamente el material con que fui amasando esa novela.

Desde entonces, una parte importante de mi vida quedó afectivamente vinculada a la República Dominicana. En esos años me hice de algunos amigos entrañables, que lo siguen siendo y lo serán para siempre; y además me tocó vivir en los muchos viajes que he hecho desde entonces a la República Dominicana, esa experiencia que ha sintetizado magistralmente en su discurso, el rector de la universidad. Magnífica pieza oratoria, dicho sea de paso, que no tiene nada de lo convencional y lo banal que suelen ser los discursos de las ceremonias académicas; discurso lleno de ideas, de hondura, de franqueza y sobre todo, de verdad. Usted lo ha dicho, Rector: la República Dominicana experimentó una de las vivencias más atroces que han vivido los pueblos latinoamericanos; y sin embargo, eso no destruyó el espíritu de esta sociedad. De alguna manera lo templó, lo enriqueció, y la prueba –que usted ha reseñado con tanta autenticidad– es esa extraordinaria transformación de la República Dominicana en los cincuenta años que han transcurrido desde el ajusticiamiento del tirano.

Yo he visto cómo esta sociedad se ha ido transformando, cómo se ha ido modernizando, cómo se ha ido abriendo al mundo y sobre todo, cómo la libertad se ha ido enredando en la vida dominicana tanto en el aspecto político como en el aspecto económico como en el aspecto cultural; es una de las experiencias más estimulantes, más felices, más alentadoras que haya vivido América Latina en el último medio siglo. Una experiencia que habría que dar a conocer, sobre todo para mostrar cómo es posible combatir el subdesarrollo, cómo es posible dejar atrás la experiencia del autoritarismo, cómo es posible construir instituciones y cómo es posible convivir en la diversidad. Cómo la libertad –entendida de manera integral tanto en el campo político como en el económico y como en el cultural– puede hacer que una sociedad progrese, se modernice y queme etapas.

Es verdad que no hay razones solo para la complacencia, es verdad que al igual que en la gran mayoría de los países latinoamericanos todavía hay desigualdades intolerables, es verdad que todavía las oportunidades no se reparten

equitativamente en todos los eslabones de la sociedad; pero es un hecho innegable que lo que se ha avanzado es enorme y es un ejemplo para el resto de América Latina. Lo que se ha avanzado no significa de ninguna manera que hay que perder el ímpetu y felicitarse por los logros obtenidos, sino al contrario; impulsarse en todo ello para corregir lo que todavía es insuficiente y anda mal, que sin duda es mucho. Pero sin olvidar que lo logrado, de todas maneras, ha hecho avanzar extraordinariamente a este país y que los dominicanos tienen razón para sentirse orgullosos porque su caso es, acaso, el más notable y admirable de todo el continente.

Hace algún tiempo existía la idea de que el artista y el creador debían mantenerse lejos de los recintos académicos, porque el mundo académico de investigación, de análisis, de preservación del patrimonio cultural estaba reñido con el inconformismo, con la fantasía, con aquella pisca de locura que es indispensable en toda creación. Era la idea romántica del artista espontáneo, libre, no ceñido por ningún reglamento ni académico ni político ni moral; esa es la idea del artista y del creador. Desde luego yo no soy artista ni creador, yo doy enormemente lo que soy, lo mejor que hay en mí a la universidad. Mi experiencia en la Universidad de San Marcos, que fue la primera donde estudié, fue para mí extraordinaria no solo por lo que aprendí sino porque esa universidad me abrió las puertas de mi propia sociedad: aprendí a conocer un Perú que desconocía profundamente, que vivía en esa sociedad tan compartimentada en los lotes que se desconocían entre sí; lo diverso, lo variado, lo terriblemente dramático y traumático que era mi país, porque la Universidad de San Marcos, afortunadamente en la que yo estudié, era muy representativa de todas las complejidades, emociones y violencias de la sociedad peruana.

Allí conocí a un maestro que me enseñó lo que es la probidad y el rigor intelectual. Era un historiador, un hombre bajito y barrigón que andaba siempre con la solapa de su chaqueta manchada por la caspa, pero que cuando subía a una tribuna y comenzaba a hablar creaba inmediatamente una

especie de superación, de pasmo por la elegancia con que se expresaba y porque tenía ese don raro de los grandes profesores de convocar a través de sus palabras. Periodos históricos, hechos extraordinarios del pasado, que sabía relacionar lo que había ocurrido en el Perú con un contexto latinoamericano y mundial; y además, que transmitía de una manera contagiosa su entusiasmo por la historia, como gran maestra de la vida y de la realidad.

Tuve la suerte yo de trabajar con el doctor Porras Barrenechea en su casa, durante cinco años y allí aprendí lo que es la propiedad intelectual. El doctor Porras Barrenechea preparaba cada una de sus clases como si fuera la primera vez que se iba a enfrentar a un auditorio de estudiantes. Llevaba ya más de veinte años enseñando, conocía maravillosamente su materia y, sin embargo, preparaba sus clases como si los alumnos ante los que iba a exponer fueran el auditorio más culto y exigente del mundo. Nunca he olvidado la lección del maestro Raúl Porras Barrenechea, que era un ejemplo no solo de historiador e investigador, sino de maestro; palabra que como ustedes recuerdan, tuvo en mi pasado resonancias hermosísimas y que por una de las terribles perversiones de la cultura de nuestra época, se ha ido en el presente degradándose, como si enseñar no fuera una actividad fundamental para poder progresar, mejorar y transformarse al mismo tiempo que uno transforma a una sociedad.

He tenido la suerte de enseñar por periodos relativamente cortos en grandes universidades, y allí he podido ver el abismo que nos separa, por desgracia, de aquellos países que están a la vanguardia del progreso. Lo que significa una universidad en una sociedad moderna y avanzada, y el enorme abismo que separa nuestras universidades pequeñas sin las bibliotecas, sin los laboratorios, sin las condiciones extraordinarias con que aquellas universidades trabajan. Y allí he entendido la importancia fundamental, la importancia neurálgica que tiene la educación para la transformación de un país.

Me conmovió, oyendo al rector de la APEC, decir el tipo de formación que quieren dar a los estudiantes que pasan por estas aulas, no solo una enseñanza técnica y profesional sino también una

formación que les permita contribuir decisivamente en este mundo globalizado que les ha tocado. A continuar la transformación, la modernización de este país, añadiendo a sus ya conseguidos logros económicos desde la evolución y la justicia, que es todavía la gran asignatura pendiente que tienen no solo los dominicanos sino también los peruanos, los colombianos, los brasileños y todos los latinoamericanos sin ninguna excepción.

Es importante y es fundamental que la buena y sólida formación que están obligadas a impartir nuestras universidades, no descuiden jamás el aspecto político y el aspecto moral. En un régimen como el que personificó Trujillo, la palabra política era una mala palabra; pero en un régimen de libertad y de legalidad, la palabra política es una palabra generosa, es una palabra que es sinónima de progreso, de justicia y de libertad. Y la libertad es el mecanismo mayor que tiene la justicia, y la justicia es la encarnación misma de la legalidad.

En nuestro pasado, nosotros en América Latina no lo sabíamos, no lo entendíamos, y esa es una de las grandes razones de nuestro atraso frente a otras regiones del mundo y frente a otras sociedades; sin embargo, ahora no hay razones para el pesimismo. Como ustedes saben de sobra, los países que están en la vanguardia del progreso viven desde hace algunos años una experiencia realmente catastrófica y no solo por la crisis financiera que padecen, sino porque las instituciones mismas que han vivido esas crisis financieras parecen no estar aptas para dar respuesta y solución a la enormidad de los problemas que atraviesan.

Curiosamente, al mismo tiempo que Europa y Estados Unidos vivían ese trauma económico que es también un trauma político y moral, América Latina sobrevivía; se las arreglaba para resistir el contagio de la catástrofe e incluso algunos países —como Brasil, como Colombia, como Chile, como la República Dominicana, afortunadamente ahora también el Perú—, para mostrar progreso, crecimiento y, paulatinamente, el robustecimiento de la democracia. Eso debe alentarnos, significa que estamos dejando atrás el periodo del desorden, el periodo del autoritarismo, el periodo de

las anarquías, de las dictaduras; y también de los grandes sueños violentistas según los cuales la justicia llegaría a nuestras tierras de la mano de la bomba y del fusil. Creo que hemos vivido en estos últimos años experiencias suficientes para saber que ese no es el camino del progreso; el camino del progreso es el de la disciplina, es el camino del trabajo, es el camino de la legalidad y sobre todo, es el camino de la libertad.

La República Dominicana lo ha entendido así, y por eso puede darse el lujo de mostrar todo aquello que ha ido conquistando en estos años. Lo importante ahora es que ese dinamismo no cese, que ese dinamismo continúe y se contagie en América Latina hacia los países que como Cuba, o como Venezuela, o como Ecuador no parecen todavía haberlo entendido y se van quedando atrás; o por culpa de la dictadura mesiánica o por culpa del populismo catastrófico que es otra de las razones del atraso y del fracaso de nuestras sociedades.

Afortunadamente, esos ejemplos en contrario hoy día son los mismos. Afortunadamente, si hacemos las sumas y las restas, en la mayor parte de los países latinoamericanos va mejor de lo que antes estaba y todo parece indicar que ese camino va a continuar. Que sea así depende exclusivamente de nosotros y depende fundamentalmente de los jóvenes preparados para resistir esos enormes desafíos que les enfrenta el porvenir.

Yo quisiera para terminar esta locución de agradecimiento, recordar una de las últimas cosas que dijo en público uno de los grandes pensadores de la libertad, uno de los grandes filósofos de nuestro tiempo: Karl Popper. Estaba ya muy viejecito y fue a España a clausurar una conferencia organizada en torno a su obra. Luego, al terminar lo rodearon los periodistas y le preguntaron qué opinaba de este mundo difícil en el que vivíamos, y entonces dijo algo que nunca se me ha olvidado, dijo:

Sí, vivimos en un mundo difícil donde hay enormes problemas de toda índole, habría que ser ciego para negarlo. Pero cada vez que nos asalte esa comprobación de lo mal que anda el mundo en el que estamos, deberíamos recordar

que nunca en la larga historia de la humanidad hemos estado mejor. Nunca hemos tenido tantas ideas para saber lo que es malo y lo que es bueno en política, en economía, en cultura. Nunca hemos tenido los conocimientos suficientes como los que tenemos ahora para derrotar a las enfermedades; nunca hemos tenido conocimientos como los que tenemos ahora para poder producir los alimentos, las medicinas que son indispensables para hacer la vida vivible. Y también nunca hemos tenido tantas experiencias acumuladas para saber lo que no debemos hacer, si no queremos vivir en sociedades ensangrentadas por guerras civiles o por divisiones monstruosas religiosas, ideológicas o políticas, que terminan en guerras civiles o que terminan en asesinatos colectivos. Con todo ese material que tenemos, debíamos sentirnos optimistas y convencidos de que todos los males de este mundo en el que estamos pueden ser derrotados y que podemos crear un mundo mejor.

Yo creo que terminar con las palabras de este gran pensador de la libertad es una manera buena de decirles a los jóvenes dominicanos que estudian en APEC, o que estudian en las otras universidades dominicanas, que no deben sentirse en ningún caso deprimidos ni desmoralizados. Les ha tocado un mundo extraordinario, un mundo en el que por primera vez en la historia, los pueblos pueden elegir ser prósperos o ser pobres. Antes, eso no era posible en el pasado, los países estaban condenados a veces por la geografía, a veces por su debilidad frente a los poderosos, a ser pobres y a ser esclavos; hoy día no, hoy día un país, si hace lo que tiene que hacer, puede llegar a ser próspero no importa cuán pocos recursos cuente en su suelo. Eso es la globalización: la posibilidad de que el pueblo elija si quiere ser pobre o si quiere ser próspero; pero si quiere ser próspero, es absolutamente indispensable que sea democrático, que sea libre y que sea culto. Para eso están ustedes aquí. América Latina ya comienza a ser libre, ya comienza a ser próspera, hagamos todo lo que esté de nuestra parte para que sea también culta. Una América Latina culta será siempre próspera y será siempre libre.

Muchas gracias,



Ceremonia de entrega del Doctorado Honoris Causa al escritor Vargas Llosa, otorgado por la Universidad APEC, 2011.
 Doctor Honoris Causa Award Ceremony for the writer Vargas Llosa, granted by APEC University, 2011.

Words by Dr. Mario Vargas Llosa upon Receiving the Honorary Doctorate from APEC University

Mario Vargas Llosa

ABSTRACT

In December 2011, APEC University awarded an Honorary Doctorate to Mario Vargas Llosa in recognition of his invaluable contributions to Latin American literature, his intellectual work, and the legacy of his life.

On the occasion of his unfortunate passing, and in humble tribute, Pensamiento reproduces his acceptance speech upon receiving the Doctorate conferred by APEC University.

Keywords

Mario Vargas Llosa, Honorary Doctorate, APEC University

Mr. Rector of APEC University, Vice-Rectors, Professors, Ambassadors of Peru and Spain, and other members of the diplomatic corps. Ministers, distinguished authorities, ladies and gentlemen, dear Friends:

Needless to say, I am deeply honored by this generous recognition bestowed upon me by APEC University and by the kind words you've just heard about me and my work. I am well aware that they stem more from generosity and close friendship than from scientific accuracy, sentiments for which I've already received many signs over the last thirty years. I fully understand that an honor of this nature also entails a responsibility—one of integrity—and I will do my utmost to live up to it and not disappoint you.

Who would have told me back in 1974, when I first came to the Dominican Republic, that the twists of

fate would tie my life so closely, so deeply, and so constantly to this country? It would take me a long time to list all the reasons why I feel so profoundly grateful to the Dominican Republic and its people. Here, I have experienced one of the richest adventures that this beautiful calling—storytelling—has given me.

It was here in 1974 that I heard, from friends and acquaintances, countless stories about that dreadful 31-year period under dictatorship—an era that, as has been rightly recalled tonight, was cruel, implacable, and theatrical. A dictatorship that, perhaps more than any other, symbolized authoritarianism and political violence, experiences shared—without exception—by all Latin American countries. But the Dominican Republic endured this experience with a ferocity perhaps unmatched in the region.

*This inspired me to attempt the novel *The Feast of the Goat*, on which I worked for over three years. That novel brought me unforgettable experiences that remain vivid in my memory to this day. I interviewed and spoke with many Dominicans while writing it and consulted countless books and newspapers. I will always remember the extraordinary generosity and kindness of Dominicans from all walks of life, of different political beliefs, who welcomed me, shared their stories, and enriched the material that would shape the novel.*

Since then, a significant part of my emotional life has remained tied to the Dominican Republic. Over the years, I have made some dear friends here, friends who remain so to this day. I have also had the chance, during the many trips I've made here sense, to witness what the university's rector described so eloquently in his magnificent speech, far from conventional or trivial, it was rich in ideas, depth, candor, and, above all, truth. As you rightly said, Rector: The Dominican Republic endured one of the most atrocious experiences in Latin American history, yet that did not break the spirit of this society. On the contrary, it strengthened and enriched it. The proof—so authentically described by you—is the extraordinary transformation the country has undergone in the fifty years since the dictator was brought to justice.

I have seen this society transform, modernize, open to the world, and embrace freedom in politics, in economics, and in culture; it is one of the most encouraging and inspiring transformations Latin America has seen in the last half-century. An experience that must be shared to show that overcoming underdevelopment is possible, that moving beyond authoritarianism is possible, that building institutions and coexisting in diversity is possible. That freedom—understood holistically across the political, economic, and cultural spheres—can help a society progress, modernize, and leap forward.

Of course, there are still serious challenges. As in most Latin American countries, intolerable inequalities remain, and opportunities are still not evenly distributed. Yet it is undeniable that enormous progress has been made, setting an example for the rest of Latin America. That progress does not mean we should grow complacent or overly self-congratulatory; rather, it should motivate us to continue improving and fixing what remains deficient; which, undoubtedly, is still much. But we must not forget how far we've come and that Dominicans have every reason to feel proud, for theirs is perhaps the most remarkable and admirable case in the entire continent.

There was once a notion that artists and creators should stay far from academic institutions, that the world of research, analysis, and preservation of cultural heritage was incompatible with rebellion, imagination, and that touch of madness essential to all creation. It was the romantic idea of the spontaneous, free artist, not bound by academic, political, or moral constraints. That's the classic image of the creator. Of course, I don't consider myself an artist or creator, but I owe a great deal, perhaps the best in me, to the university. My experience at San Marcos, the first university I attended, was extraordinary, not only for what I learned, but because it opened the doors to my own society. It helped me understand a Peru I had never known, a country deeply fragmented into isolated social spheres. I came to grasp the diversity, the drama, and the trauma of my homeland, for San Marcos at that time truly reflected the complexity, emotion, and tension of Peruvian society.

There, I met a professor who taught me the value of intellectual honesty and rigor. He was a historian: short, round, always with dandruff on his jacket, but when he stepped onto a platform and began to speak, he inspired awe with his elegance and the rare gift all great teachers possess: the ability to bring history to life. He connected Peru's past with the broader Latin American and global context and passed on his passion for history as the greatest teacher of life and reality.

I had the great fortune of working with Dr. Raúl Porras Barrenechea at his home for five years. That's where I learned the meaning of intellectual integrity. He prepared every class as if it were his first, even after twenty years of teaching. He knew his material thoroughly yet treated each lecture as though his audience were the most educated and demanding in the world. I've never forgotten that lesson from Dr. Porras Barrenechea, who was not only a historian and researcher but a true teacher—a word that once held beautiful resonance in our past and that, tragically, has been degraded in modern times, as though teaching were not fundamental to progress and social transformation.

I've had the opportunity to teach at great universities for short periods, and there I've seen the vast divide that separates us from the world's most advanced countries. What a university means in a modern, developed society—and how far our smaller universities lag, lacking proper libraries, labs, and resources. That's where I fully grasped how crucial education is for the transformation of a nation.

I was moved by the Rector's vision for the kind of education APEC University wants to provide not only technical and professional training but a foundation that allows students to contribute meaningfully to this globalized world. A foundation that will help continue the modernization of the country, adding justice and evolution to the economic progress already achieved, still being the great unresolved task not only in the Dominican Republic but also in Peru, Colombia, Brazil, and across Latin America. It is crucial that our universities never neglect the political and moral dimensions of education. Under regimes like

Trujillo's, the word "politics" became a dirty word; but in a democracy, under the rule of law, politics is a noble term, it is synonymous with progress, justice, and freedom. Freedom is the foundation of justice, and justice is the embodiment of legality.

It is important and fundamental that the solid and thorough education our universities are required to provide should never neglect the political and moral aspects. In a regime such as the one embodied by Trujillo, the word "politics" was a bad word; but in a regime of freedom and legality, the word "politics" is a generous word, a word synonymous with progress, justice, and freedom. And freedom is the greatest mechanism that justice has, and justice is the very embodiment of legality.

In our past, we in Latin America did not know it, we did not understand it, and that is one of the main reasons for our backwardness compared to other regions of the world and other societies; however, there is no longer any reason for pessimism. As you well know, the countries at the forefront of progress for some years have now been experiencing a truly catastrophic situation, not only because of the financial crisis they are suffering, but because the very institutions that have endured these financial crises seem unable to respond and provide solutions to the enormity of the problems they face.

Curiously, at the same time that Europe and the United States were experiencing this economic trauma—which is also a political and moral trauma—Latin America survived; it managed to withstand the contagion of the catastrophe and even some countries—such as Brazil, Colombia, Chile, the Dominican Republic, and fortunately now also Peru—were able to show progress, growth, and, gradually, the strengthening of democracy. That should encourage us; it means that we are leaving behind the period of disorder, the period of authoritarianism, the period of anarchy and dictatorships, and also the great violent dreams that claimed justice would come to our lands through bombs and guns. I believe we have had enough experiences in recent years to know that this is not the path to progress; the path to progress is that of discipline, the path of work, the path of legality, and above all, the path of freedom.

The Dominican Republic has understood this reality, and for that reason, it can now afford to showcase the many achievements it has attained in recent years. The crucial task ahead is to ensure that this dynamism does not diminish, that it persists and spreads throughout Latin America, particularly to those countries which, like Cuba, Venezuela, or Ecuador, have yet to grasp it and are consequently falling behind. This stagnation is often the result of either messianic dictatorships or catastrophic populism, both of which continue to hinder development and contribute to the failure of our societies.

Fortunately, such counterexamples are becoming increasingly isolated. Fortunately, as well, if we examine the overall progress, we see that most Latin American countries are doing significantly better than they were in the past. All evidence suggests that this positive trajectory is likely to continue. Whether it does or not depends entirely on us, and above all, on the younger generation, those who are prepared to confront the profound challenges that the future inevitably holds.

In concluding this message of gratitude, I would like to recall one of the final public statements made by Karl Popper, one of the foremost defenders of liberty and one of the most influential philosophers of our time. Already advanced in age, Popper traveled to Spain to close a conference dedicated to his intellectual legacy. At the end of the event, journalists gathered around him and asked for his thoughts on the complex and troubled world we live in. His response was both sobering and deeply hopeful, words that have stayed with me ever since. He said:

Yes, we live in a difficult world, one plagued by immense problems of every kind, only a blind person could deny that. But every time we are overwhelmed by the dysfunctions of the world we inhabit, we should remind ourselves that never in the long history of humankind have we had it better. Never have we had so many ideas to help us distinguish between what is good and what is bad in politics, economics, and culture. Never have we possessed the scientific knowledge we now

hold to defeat diseases; never have we had the technological capacity we now enjoy to produce the food and medicine necessary for a livable life. And never before have we accumulated so much historical experience to show us what we must avoid if we do not wish to live in societies torn apart by civil wars or by monstrous divisions such as religious, ideological, or political that ultimately result in mass violence or collective tragedies. With all these resources at our disposal, we should feel optimistic and convinced that the world's illnesses can be overcome, and that a better world is indeed possible.

Ending with the words of this great philosopher of liberty seems a fitting way to remind young Dominicans studying at APEC University, or at any Dominican university, that they should never feel disheartened or demoralized. They have been entrusted with the future of an extraordinary world, a world in which, for the first time in history, nations have the real possibility of choosing prosperity over poverty. In the past, such choices were rarely available. Geography, or sheer powerlessness in the face of stronger nations, often condemned countries to poverty and subjugation. Today, this is no longer the case. If a country commits to doing what is necessary, it can achieve prosperity regardless of its natural resource endowment. This is the promise of globalization: the opportunity for people to choose whether they want to remain poor or to become prosperous. But if prosperity is the goal, then it is absolutely essential that a country be democratic, free, and educated. That is the purpose of your presence here today. Latin America is already beginning to embrace freedom; it is beginning to achieve prosperity. Let us do everything within our power to ensure that it also becomes a region of learning and culture. A Latin America that is educated will always be prosperous and will always be free.

Thank you very much.